



NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFIA PROFESIONAL: LA UNIVERSIDAD, TRES CIUDADES Y ALGUNAS ILUSIONES.

Amalia Susana Creus

Universidad de Barcelona

El texto que sigue se puede leer como un collage de notas autobiográficas; un ejercicio de escritura que me ha permitido visitar algunos de los momentos mas significativos de mi trayectoria en la universidad. En el marco de un proyecto de investigación sobre los cambios en el trabajo y en la vida profesional de docentes universitarios, esta mirada hacia mi experiencia (como alumna, investigadora y docente en formación) tiene voluntad de diálogo: entender mi propia historia para comprender mejor lo que nos cuentan aquellos docentes con quienes compartimos esta investigación.

Acceder a la Universidad pública en Brasil es un privilegio reservado a pocos. Para ello, hay que pasar por un concurrido proceso de selección en el que cada año se presentan millares de jóvenes, y pocos aprueban. Éstos - los que aprueban - provienen en general de familias en situación social favorecida, que como tal han tenido una mejor educación básica y mejores condiciones de llevarla a cabo.

Así, hasta hoy, la formación superior en Brasil sigue obedeciendo a una estructura que en cierta medida ayuda a mantener y reproducir brechas sociales históricas: Están los que acceden a la universidad y por lo tanto pueden elegir una carrera profesional de mejor status social, y aquellos que quedan fuera, y terminan, en la mayoría de los casos, ocupando puestos de trabajo precarios, mal pagados y socialmente desprestigiados.

Yo cursé mi formación primaria y secundaria en Porto Alegre durante los años 80. Estudie en escuelas públicas, en una época en que la educación gratuita, de calidad y para todos, todavía abanderaba el discurso de los intelectuales de izquierda en Brasil. Cuando concluí la secundaria, tal y como era previsible para una chica de mi condición social, aprobé el examen de acceso a la universidad. Cursar estudios universitarios era, en mi caso, una opción indiscutible.

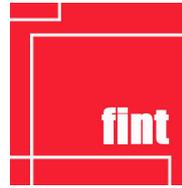


De hecho yo ni siquiera imaginé un camino diferente. Superé el examen en el primer intento, y a los 18 años pasé a formar parte del selecto grupo de estudiantes universitarios de la red de universidades federales de Brasil.

El recuerdo mas vivo que tengo de esa época es la sensación de querer y poder hacerlo todo. En la carrera de comunicación social compartíamos clases futuros periodistas y publicitarios, y la universidad era para nosotros un espacio de encuentro y creatividad. Todavía en aquel tiempo (vivíamos los primeros años de la década del 90) los centros de estudiantes eran políticamente activos, y el bar de nuestra facultad, quizá mas que las clases, era el lugar para discutir lo que realmente importaba: el mundo, y como lo íbamos a cambiar. Recuerdo con especial cariño esos primeros años de la licenciatura. Fue cuando conocí muchos de los amigos que aún conservo, con los que llevamos a cabo fabulosos proyectos sin sentido: películas sin presupuesto, programas de radio pirata, un grupo de teatro, una revista literaria que nunca pasó del primer número. Fue también en la universidad que descubrí y me enamoré de la fotografía.

A través de la fotografía por primera vez me aproximé a la investigación. Trabajé como becaria en el Núcleo de Fotografía de la UFRGS, uno de los centros de instigación más activos de nuestra facultad en aquel momento. Como becaria del Núcleo participé en varios proyectos interesantes, algunos de ellos desarrollados en colaboración con gente del campo de la antropología visual. Las teorías de la antropología eran entonces para mí un mundo por descubrir. En ese sentido, tuve la suerte de conocer un grupo de investigadores que ese momento experimentaban formas innovadores de trabajar con imágenes en el campo de la antropología social. Hice trabajo de campo sin saber exactamente lo que eso significaba - investigué en reservas indígenas, con grupos de transexuales, con comerciantes – aprendí mucho sobre fotografía, algo sobre antropología visual, pero principalmente aprendí que la investigación - así como la fotografía - implicaba relacionarme con la gente.

Cuando terminé la licenciatura, pese a la insistencia de mi padre, no quise seguir la carrera académica. La profesión docente no representaba precisamente una opción profesional atractiva en mi país en aquel momento. Más bien, ser profesor en Brasil – incluso para un profesor universitario - significaba tener un sueldo mediocre, condiciones de trabajo bastante precarias y enfrentarse día a día al descaso de los poderes públicos. Pero había además otro motivo, quizá más contundente, que justificaba mi rechazo a ser profesora: Yo quería experimentar lo que con mis compañeros solíamos llamar “la realidad”, y la realidad estaba fuera de la universidad. Había que “entrar en el mercado de trabajo”, hacer como profesionales todo aquello sobre lo que tanto



habíamos hablado en clases, pero que en el fondo poco o nada conocíamos. Éramos comunicadores recién licenciados, y el mundo del las empresas relucía como un anuncio publicitario: tener éxito, ganar dinero.

Me adapté con facilidad a ese mundo. Trabajé el las actividades más diversas en el campo de la comunicación (marketing, diseño gráfico, cine, periodismo) pero poco a poco me fui alejando de la fotografía, y aún más de la investigación. Formé con entusiasmo parte de ese ambiente durante algunos años. Aprendí mucho, conocí personas estupendas, y llegué a ser, puedo decirlo, una buena profesional. Sin embargo, con el pasar del tiempo, el mundo de las empresas fue perdiendo brillo. Me aburría la rutina, me asustaba la idea de estar años haciendo lo mismo. La constante competencia, que velada o explícitamente solía teñir las relaciones entre compañeros de trabajo, también comenzaba a resultarme incómoda. Volví a la universidad para experimentar otras cosas. Envié un proyecto a la Universidad Federal de Río de Janeiro, y conseguí una plaza como alumna de un master en Comunicación y Cultura. Yo tenía entonces 26 años, y esta decisión implicaba dejar la casa de mis padres, en una ciudad relativamente pequeña, y mudarme una de las principales metrópolis de Brasil. Quizá también por eso, no viví esta vuelta a la universidad como un paso hacia atrás, sino como la posibilidad de conocer algo nuevo: otra ciudad, otro contexto, otros modos de relación.

Los años que viví en Río de Janeiro fueron especialmente felices. Me sentí, desde que llegué, completamente a gusto en medio al inexplicable caos-harmónico que reina en esa ciudad. En el master conocí otra forma de relación con la universidad, con los profesores, con los compañeros, y principalmente con el conocimiento. En esa época (era el año 2000), los grupos de tercer ciclo en Brasil, diferente de España, no solían estar formados por gente recién licenciada, sino por personas que, dentro o fuera de la universidad, ya habían realizado un recorrido profesional considerable. Yo era una de las alumnas más jóvenes, y seguramente la que tenía menos experiencia en el área académica. Aún así me sentía cómoda. Tuve, entre otros, excelentes profesores que me ayudaron a reconocer el valor de a discusión crítica, de la pregunta, del debate en grupo. Ellos me enseñaron que incluso con sueldos bajos y escasos recursos se puede hacer una buena clase.

Cursé el master a la vez que trabajaba. Estuve durante algún tiempo como editora de fotografía de un periódico online estilo sensacionalista, y más tarde me contrataron como diseñadora



gráfica en una empresa industrial multinacional. Sabía que no tenía el tiempo que necesitaba para estudiar como me hubiera gustado, pero no me quedaban demasiadas alternativas. La beca predoctoral que recibía alcanzaba apenas para pagar el alquiler del piso donde vivía, y algunos otros pocos lujos de la vida de estudiante.

Escribí la tesina durante las noches y los fines de semana. Hice una especie de ensayo teórico sobre las imágenes fotográficas y su relación con la memoria y la afectividad. Volví así a la investigación, y también a la fotografía. Hoy, al releer lo que he escrito, me parece inmaduro, sobrado de afirmaciones contundentes, de clichés y de frases de efecto. Sin embargo, me enternece reconocer esa actitud un poco ingenua, seguramente arrogante y aún así auténtica, de investigar sin ningún otro afán que el propio interés personal. Nunca me pregunté sobre la utilidad social de lo que estaba investigando, y ni tampoco me lo preguntaron.

Cuando termine el master, tenía un puesto estable en el departamento de marketing de la empresa donde trabajaba como diseñadora. Era una empresa bastante grande, pero de tradición familiar, y las relaciones entre las personas eran más cercanas que en otros ambientes en los que había estado. Hacía un trabajo relativamente interesante, algo creativo, no tenía que someterme a demasiada presión, y mis jefes estaban contentos con lo que yo les ofrecía a cambio de un sueldo razonable. La rutina, con todo, me seguía incomodando. Sabía que ese era el tipo de empresa en el que podía estar toda la vida, y esa posibilidad me resultaba sumamente perturbadora. ¿Qué sentido tenía lo que estaba haciendo?

Comencé a dar clases en la universidad como la idea de conocer otros espacios de desarrollo profesional. Las universidades en Brasil se estaban adaptando en ese momento a una nueva normativa nacional que establecía un porcentaje mínimo de masters y doctores en sus cuerpos docentes. Cursos como el de comunicación, tradicionalmente ministrados por profesores provenientes del ámbito laboral, necesitaban con urgencia personas formadas en la academia, y esa coyuntura facilitó que yo accediera, con relativa rapidez, a un puesto de profesora universitaria.

Mi primer trabajo como profesora fue en una universidad privada con la que tenía un contrato por horas de docencia. Yo impartía clases por la noche, lo que me permitió, durante algún tiempo, compaginar la docencia con mi anterior trabajo de diseñadora. Esta doble vinculación, cabe señalar, era vista con buenos ojos por la administración del curso. Se consideraba una ventaja hecho de que pudiera compartir con los alumnos mi experiencia como profesional en el ámbito



empresarial. Yo daba clases a alumnos de la licenciatura en publicidad y propaganda. Éramos un grupo pequeño. Tres estudiantes y yo. Todos ellos (todos hombres), estaban terminando la carrera. La disciplina que impartía, sobre publicidad y medios digitales, era una novedad en el currículum, recientemente incluida entre las asignaturas obligatorias del curso. No existía, por lo tanto, un programa estructurado de contenidos, y tuve total libertad para montarlo como considere conveniente. Presenté a la dirección del departamento una propuesta de programación que formulé de manera bastante esquemática, y en ningún otro momento tuve que prestar cuentas de lo que hacía en aula.

El número tan reducido de estudiantes matriculados - algo que al principio me resultó frustrante - terminó por ser, en todos los sentidos, un privilegio. De una sala de aula que obedecía a la clásica estructura magistral, con mesas y sillas ordenadas frente a una tarima, pasamos a realizar nuestros encuentros en el laboratorio de medios audiovisuales. Hacer las clases en este laboratorio, además de constituir un espacio mucho más propicio al diálogo, nos permitía utilizar ordenadores, y algún otro recurso tecnológico. Hacíamos clases estilo seminario, intercalando lecturas, debate teórico, y actividades prácticas. Planteamos la clase a partir del desarrollo de un proyecto de trabajo. Propuse que los alumnos crearan una página web en la que ellos deberían planear y elaborar tareas específicas: la logomarca y la programación visual, el concepto del producto, los contenidos – artículos que ellos escribían – y un proyecto de difusión.

A final de ese mismo curso dejé las clases. Había decidido mudarme a Barcelona para cursar el doctorado. Pese a los pocos meses que permanecí como profesora, esta experiencia había sido suficientemente significativa para que me decidiera a seguir la carrera docente. Guardo de esa época excelentes recuerdos, aunque no pocas veces me resultó difícil estar en el papel de profesora: Me sentía insegura, no sabía como posicionarme frente a chicos que eran poco más jóvenes que yo, y que muchas veces sabían del tema más de lo que yo me sentía capaz de enseñarles. En ocasiones terminaba la clase con la sensación de que algo había salido mal, y eso me afectaba profundamente. Con todo, la mayoría de las veces disfrutaba. Me fascinaba la relación con los alumnos. Verlos era como verme en un espejo que me transportaba en el tiempo; la misma energía, la misma ilusión, la misma sensación de poder y querer hacerlo todo. Ellos aún la conservaban. Yo posiblemente empezaba a perderla.



Cursar un doctorado fuera de Brasil significó hacer realidad un proyecto que a mucho tiempo alimentaba, pero que por circunstancias diversas había sistemáticamente postergado. Tenía, hacía algunos años, el deseo de vivir en algún país de Europa, aunque nunca me había atrevido a hacerlo por puro ímpetu aventurero. La posibilidad venir a estudiar era, en ese sentido, una excusa digna de consideración. Quizá, la decisión más pragmática de cara mi incipiente carrera académica, hubiera sido hacer el doctorado en Brasil, terminarlo pronto y inserirme lo más rápido posible en el mundo académico. De haber sido así, hoy posiblemente sería profesora en alguna universidad de Río de Janeiro, estaría casada y muy probablemente tendría hijos. Pero no fue así. Llegué a Barcelona en septiembre de 2002 con un visado de estudios que me permitía vivir legalmente en el país en cuanto durara el doctorado, aunque no podía trabajar de forma legal. Se considera, en casos como el mío, que los estudiantes venimos exclusivamente a una estancia de estudios, y que contamos con recursos suficientes para vivir sin trabajar. No era mi caso, así como pienso que no es el caso de gran parte de los estudiantes que venimos de Latinoamérica.

Durante el primer año del curso vivimos (yo y mi compañero, habíamos venido juntos) con algún dinero ahorrado y lo que conseguíamos en con trabajos temporarios, por supuesto, sin contrato. Con todo, la vida de “estudiante extranjera en Europa” me parecía una aventura apasionante. El doctorado - que elegí sin otra referencia que la información que encontré en la página web de la Universidad de Barcelona – hacía justicia a mis expectativas. Yo había optado por curso que me vinculaba a la Facultad de Bellas Artes, con la firme intención conocer algo diferente al campo de la comunicación. Me encontré con un programa transdisciplinar, donde se conectaban educación, arte, cultura visual, y por supuesto, comunicación. Ahí conocí un grupo de profesores y compañeros que alentaron mi deseo de seguir aprendiendo, y me ayudaron a revisar, desde una nueva perspectiva, temas que me habían interesado durante la licenciatura.

Cuando estaba terminando el segundo año de curso, el coordinador de mi programa de doctorado, (que es también mi director de tesis), me ofreció colaborar como becaria en la organización de un congreso internacional sobre educación, que se realizaría en Barcelona el año siguiente. Acepte de inmediato. Trabajar como becaria era sin duda la mejor opción que podría conseguir en mi situación de estudiante. Ello me posibilitaba estar dentro la universidad, tener un horario flexible, y trabajar en proyectos que, si bien no estaba directamente conectado a mi tema de tesis, por lo menos me mantenían en contacto con el mundo académico.



A partir de entonces inicié una nueva e importante etapa de mi formación como investigadora. Me incorpore a finales del 2003 a un grupo de investigación consolidado (el FINT - Formación, Innovación y Nuevas Tecnologías), con el que participé en diferentes proyectos de investigación. También, a través de algunas personas de este grupo, conocí e me interesé por una perspectiva de investigación que hasta entonces ignoraba: la investigación narrativa. Es desde esa aproximación que actualmente planteo mi estudio de tesis doctoral, en el que indago en torno a la relación entre experiencias migratorias y construcción de saberes. Utilizando como metodología las historias de vida, investigo qué saberes construyen, a lo largo de sus experiencias migratorias, hombres y mujeres que han emigrado a Europa desde países geopolíticamente periféricos, y cómo, a partir de estos saberes, se van posicionando y reposicionando social y subjetivamente.

Actualmente vivo un momento especialmente gratificante de mi formación en la universidad. Tengo una beca de formación en investigación y docencia, lo que significa dividir mi tiempo entre la tesis y otras tareas de investigación. Considero que he tenido suerte. He aprendido mucho y tengo ganas de seguir aprendiendo.